

EDICIONES
IDEALES

BARBARA STANWICK
GEORGE BRENT
DONALD COOK

PROPAGANDA



CARITA DE ANGEL

50
G

EDICIONES IDEALES
— DE —
La Novela Semanal Cinematográfica
(Publicación semanal
de argumentos selectos)

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis Ediciones BISTAGNE BARCELONA

Año I

Número 32

Carita de ángel

Dramático asunto, de amor y ambición, interpretado por la
genial BÁRBARA STANWYCK.

Es un film de la famosa marca
Warner Bros - First National



Distribuido por
Warner Bros-First National Films, S. A. E.

Paseo de Gracia, 77

Argumento narrado por **Ediciones Bistagne**

CARITA DE ANGEL

Argumento de la película

PROHIBIDA LA
REPRODUCCION

Lily Powers era conocida por todos los clientes de la taberna que regentaba su padre con el apodo de "Carita de Angel", porque la expresión dulce, ingenua, infantil de su rostro de líneas perfectas suscitaba en seguida la idea de algo angelical, ultra celeste, sobrehumano. Carita de Angel había nacido en aquel tabernuco y en él había crecido, cruelmente tratada por su padre que era un hombre tosco, ineducado, malo. Las experiencias obtenidas en aquel ambiente corrompido con todos los vicios y todas las bajezas no era el más propicio para que la niña, de una belleza exquisita de cuerpo, conservara la misma exquisitez y la misma belleza de alma.

Su padre explotaba con sus clientes la belleza de la muchacha, hoy ya en pleno sazón, que se ofrecía como fruto exquisito y maravilloso, y la chica, amargada por aquella vida misera y pueril del tugurio paterno, con acusada personalidad de espíritu y muy decidida a no dejarse dominar por los que la rodeaban, quería labrarse lejos de él una vida propia y un propio porvenir que la libraran de una vez para siempre de todo aquello que la repugnaba profundamente.

En la taberna había una criada negra, una de esas fieles criadas negras que siguen a sus amos hasta el fin del mundo, si es

DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de
Librería, Diarios, Revistas y
Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16
Madrid: Evaristo San Miguel, 11

IMPRENTA INDUSTRIAL - Aribau, 155 - Teléfono 76507

preciso, con esa fidelidad del can al que, aunque el amo le rompa en las espaldas varias varas de fresno, vuelve siempre a besarle los talones y a tenderse sumiso a sus plantas cuando el arrechcho de rabia y de coraje ha pasado ya.

—Oye, tú, ¿dónde está Lily?—le preguntó a la criada negra el tabernero que quería que su hija fuera a “servir” a un cliente.

La criada, a la que por no se sabe a ciencia cierta qué razones, le llamaban Chico, no respondió y tan azarada quedóse al oír la interrogación, que dejó caer un jarro que llevaba en su mano.

—¡Ves lo que has hecho, perro!—rugió el tabernero al que no le gustaba tener que reponer la vajilla rota—. ¡Lárgate de aquí ahora mismo!... Estoy ya harto de ver tu caraza negra y repugnante. Lárgate.

—¡Eh!... ¡Mira lo que haces!—gritó una voz argentina, armoniosa y dulce desde la puerta de la calle—. ¡Mira lo que haces!... Si despides a Chico yo me iré con ella.

La que así hablaba era Lily, que acababa de llegar y que, con su natural dulzura, defendía a la negrita a la que tenía cariño por su fidelidad incondicional y porque siempre había sido su afecta aliada para luchar contra las crueidades del tabernero.

—No te insolentes, niña—replicó el hombre—. ¡No olvides que soy tu padre!

—¡Y si supieras cómo lo siento!—suspiró Lily que no se quedaba nunca callada.

—¿Sentir qué?

—¡Que seas mi padre!

—¡Sinvergüenza!—rugió el tabernero.

—Bueno—dijo la muchacha—. Si Chico se queda yo me quedaré. Tú verás lo que te conviene.

El hombre no reflexionó mucho rato. Lily le era de absoluta necesidad para la marcha de su negocio que no era, por cierto, muy flamante, y sabía que Lily era el atractivo mayor de su establecimiento. Por esto dulcificó en seguida el tono y dijo a su hija:

—Mira, Lily, ve a llevar cerveza a los muchachos.

Al mismo tiempo le indicaba una de las puertecillas de los reservados que tenía siempre a disposición de los que los solicitaban, y en el que había penetrado pocos momentos antes un apuesto matón, que había hecho al tabernero un signo de inteligencia que éste había comprendido en seguida y que se había apresurado a cumplir la orden dada con aquel signo.

Lily tomó los vasos y un par de botellas de cerveza y se encá-

minó al reservado creyendo que estaba ocupado por varios clientes, pero al entrar en él hallóse con Sipple, el matón del pueblo, el hombre pudiente de la población y ante el que todos se inclinaban, sino con respeto, con miedo, puesto que era vengativo, pendenciero, malo y no reparaba en los medios que había de emplear para deshacerse del que le estorbaba el paso.

Lily le miró de arriba abajo con odio y con desprecio. Comprendió con una sola mirada lo que Sipple y el viejo de su padre querían de ella. Y Lily aquel día estaba como nunca convencida de que no harían de ella lo que los otros quisieran, sino que sería ella la que trazaría su camino y la que buscaría en otras esferas más ancho campo donde desarrollarse.

Sipple, al ver a Carita de Angel se acercó a ella sonriendo cínico y desvergonzado y le rodeó el talle con las manos atrayéndola hacia sí como cosa ya suya. Lily no se arredró, tomó con fuerza la botella de cerveza que llevaba en la mano y le dió con ella un fuerte golpe en la cabeza, mientras le decía con ira:

—¡Eh, quita las manos, imbécil!...

La botella se rompió, la cerveza derramóse por la cara y hombres de Sipple y los cascos le hirieron la frente mezclándose la sangre al espumoso y dorado líquido.

Lily salió corriendo de la habitación y marchó de la taberna sin saber dónde iba ni dónde encaminaría sus pasos.

Todos conocían a Carita de Angel y todos le dedicaban galanteos y todos solicitaban sus preferencias.

—¿Te vienes conmigo a dar un paseo por la cantera?—le preguntaba uno aprestándose a seguirla hacia terreno solitario, seguro de que no quedarián ni uno ni otra descontentos del solitario paseo.

Pero Lily no estaba con ganas de responder a las invitaciones y contestó evasivamente:

—Otro día...

Lily quería ir a contar el caso, “su caso”, a un especie de filósofo que se pasaba la vida leyendo a Nietzsche y al que la lectura de tantas obras de alta filosofía había acabado por hacer de él un ente original, un tanto estrafalario, pero al fin y al cabo el único hombre decente, al decir de Lily, de toda la población; de toda la población que era clienta de la taberna de su padre.

—Hacía días que no te veía—le dijo a Lily mirándola con afecto pero sin deseo.

—Como usted no va nunca a la taberna...—respondió la niña.

—No me gusta la gente que va a ella.

—A mí tampoco... ¡Todos son unos asquerosos!

—¿Por qué no te vas de aquí antes de que sea tarde? No es este el ambiente que a ti te conviene... Tú podrías ser algo en el mundo. Tú podrías ir muy lejos... Tú eres fuerte.

Lily soltó una fresca y ruidosa carcajada mientras decía con la boca llena de risa:

—¡Sí, yo soy un Hércules con faldas!

—No te rías. Te digo la verdad. Tú no te das cuenta de lo que vales ni de tu capacidad. ¿Leiste el libro que te presté?

—Sí, pero no lo entendí mucho... No me han gustado nunca los libros.

—¡Eres una tonta!... Aprenderías mucho leyendo. Nietzsche es un gran filósofo, el más grande de todos los filósofos, y él te hubiera aconsejado lo mismo que te voy a aconsejar yo: explota tu belleza física... Sólo la materia tiene importancia en esta vida; anula tu espíritu, no te dejes seducir y que sea tu cuerpo el que seduzca a los hombres y les convierta en débiles objetos que se presten a tus combinaciones.

El filósofo hablaba en tono casi doctoral, y Lily le escuchaba mientras su imaginación se iba lejos... ¡muy lejos!

Cuando Lily volvió a servir a los clientes de su padre era otra mujer: su partido estaba ya tomado. No hizo caso a ninguno de ellos: todos eran unos miserables que no servían para "sus combinaciones". Lily se había propuesto marchar a la ciudad, trabajar y hacerse rica, fuera como fuese. No seguiría más en aquel tugurio en donde todo era miserable, hasta el aire que respiraban; en donde todo era asqueroso, hasta el pan que comían; en donde todo era bajo y detestable, hasta su mismo padre.

Lily rechazó a todos los clientes, y rechazó incluso al político del pueblo, al más influyente, al que podía, si quería, hacer florecer el negocio o destrozarlo en un momento.

—Trátale bien—le dijo su padre—, porque es un político influyente.

—¿Y a mí qué me importa?—respondió Lily encogiendo los hombros—. ¡Es un político influyente porque él lo dice!—y volvió la espalda y se encerró en su cuarto.

El padre indicó con el dedo la puerta por la que acababa de desaparecer Carita de Angel y le hizo al "político" un movimiento de cabeza invitándole a que la siguiera. Las mujeres son a veces caprichosas, pero no se suelen resistir demasiado cuando se ven

solas frente a frente con un hombre que las sabe galantear. Estas eran las teorías del tabernero.

—Rara vez logro verla a solas—le dijo a Lily abriendo la puerta y cerrándola de nuevo tras de él.

—Estaba perfectamente sola...

—Es que cuando yo la veo me tiemblan las manos y me dan ganas de abrazarla—y mientras eso decía se acercaba a ella cada vez con mayores pruebas de deseo y de ambición.

Lily se volvió con furia, le abofeteó el rostro y le dijo energica:

—¡Váyase de mi cuarto!

—¿Te has vuelto melindrosa?

—Váyase, si no quiere que le mate.

—¡Vamos, niña!... Tú que eres amiga de todos los picapaderos del pueblo, ¿vienes ahora con estas tonterías?

—¡Largo de ahí!—rugió Carita de Angel dándole un empujón.

—¡Está bien!—dijo, ofendido, el hombre—. Yo haré que la policía os mande cerrar el establecimiento.

Lily no replicó y salió a la taberna con el ceño fruncido y la boca contraída por la ira.

—¿Qué le has hecho?—preguntó el padre—. ¿Te has vuelto loca?

—Hago lo que me da la gana.

—¡Ahora me denunciará y cerrarán mi casa y nos moriremos de hambre!

—¡Mejor! ¡Ojalá nos muriéramos ahora mismo!

—¡Eres una mala hija, una hija descastada! Debería matarte ahora mismo como si fuieras una cucaracha... ¡Después de criarte como te he criado!... ¡Eres igual que tu madre, y ya ves lo que le pasó!

—¡Está mejor muerta que a su lado!... ¿Que era una cualquiera? Usted tiene la culpa. ¿Que yo soy una... sin vergüenza? ¿A quién, más que a usted se lo debo? ¡Usted tiene la culpa de todo, usted, mi padre!... Me ha criado para venderme como una mercancía... Desde los catorce años me ha vendido usted al mejor postor y me ha hecho pasar por las manos de todos esos picapaderos, de esa gentuza degenerada y soez y canalla... ¡Y usted es el más canalla de todos!... ¡Le odio!... ¡Le odio!... Me voy para no volver nunca más.

II

Lily fué a refugiarse al lado de su amigo el filósofo para contarle lo que había pasado.

—¿Y ahora qué vas a hacer?—le preguntó el hombre.

—El porvenir me sonríe... No sé que haré... Puedo entrar en un teatro y ganarme la vida enseñando las piernas.

—¿Para enseñar las piernas? No me parece un mal negocio.

—Pero yo no creo servir para negocios.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Qué va a ser de ti? Si te quedas aquí estás perdida...

—Podría marcharme a París; pero sólo tengo cuatro dólares. Me sentaré en mitad de la calle y esperaré a que la muerte llegue.

—¡Eres muy cobarde, Lily! Me pones furioso. Te das por vencida sin luchar... Una mujer hermosa como tú puede alcanzar lo que quiera. Tú ejerces sobre los hombres mucho poderío, expló-talo. Aprende a usar de tu belleza sólo para tus fines; no te detengas ante nada. deja que todos sean tus esclavos y hazte tú la reina de todos ellos hasta que amases una buena fortuna. Nietzsche ha dicho: "Sé tú el ama, no la esclava. Por mucho que se idealice la vida... siempre, todo, es una explotación"... ¿Por qué no has de ser tú la que explota y no la explotada? Este es mi consejo: pon en juego tus grandes recursos físicos; vete a una ciudad grande y aprovecha todas las oportunidades que se te pongan al paso. Tu sonrisa te abrirá muchas puertas, tu carita de ángel te allanará todos los obstáculos, tu alma de diablesa ha de saberse mantener al margen de las tentaciones que no puedan servirte a tus fines... Sé fuerte, en una palabra. Explota a los hombres. No te dejes dominar por ellos y sé siempre la señora y dueña de la situación... Una mujer hermosa no debe responder al amor... El amor ha de dejarse para aquellas a las que la naturaleza no concedió gracia y que han de resignarse a ser las esposas esclavas del hombre que ha querido encontrar en ellas a la guardiana de la casa y a la madre de unos hijos...

Lily escuchó aquellas palabras que no eran un discurso de ética y moral, pero que encerraban la pimienta de la vida que había de servir para condimentar la de aquella muchacha nacida en un ambiente del que no era posible saliera inmaculada.

* * *

Lily habló a Chico y la dijo qué ella se marchaba a la ciudad en busca de oportunidades y que, si quería seguirla, prefería marchar con ella que sola.

La negra abrió mucho los ojos cuyo blanco brillante relucía sobre su rostro de color de chocolate y respondió que ella seguiría a su ama fuera donde fuera y pasara lo que pasara. Que su ama había sido para ella todo su mundo, había sido indulgente y buena, y que no era justo que en la hora de la prueba la dejara partir sola hacia una ciudad desconocida y en busca de una oportunidad que no sabría si podría hallar.

Lily y Chico se fueron a Nueva York, donde el deslumbrante tumulto de la multitud abigarrada colmaba las calles y las grandes avenidas, y aturdía un poco a aquellas dos mujeres recién llegadas de una apartada región donde todo eran obreros, de la región de las rocas en donde se trabajaba incansablemente arrancando a la tierra el tesoro mineral y picando horas y horas los grandes bloques que oponían su dureza casi invencible al pico del obrero que, después de la ruda jornada de trabajo, llegaba a la taberna de Lily en busca de un rato de solaz en el vino y en el amor pasajero.

Habían ido en el tren, huyendo del revisor, porque no podían pagarse todo el billete y tuvieron que enfrentarse con un agente de policía que las maltrató, llamólas vagabundas y les dijo que si no procuraban trabajar se verían pronto en la cárcel.

Lily le contestó finamente, le sonrió con dulzura, le miró muy largo a los ojos y el policía acabó por quitarse la gorra, saludar atentamente y dejar en paz a aquella mujer cuya "Carita de ángel" le había vencido.

Los primeros días Lily no veía la posibilidad de ganarse ni siquiera el sustento cotidiano. Los cuatro dólares con que contaba se acabaron pronto y era preciso tomar rápidamente una determinación. Se lanzó a la calle, contempló a las grandes señoronas que, desde sus magníficos autos, miraban a los transeúntes con indiferencia o con desprecio y se decía a sí misma:

—¿Cómo habrán conseguido toda esa riqueza? Si ellas la tienen, ¿por qué no la puedo tener yo y no estar pensando que hace ya veinticuatro horas que no entra nada en nuestro estómago?

Paseó por la ciudad y miraba a todas partes indagando dónde

podría llamar en busca de trabajo. Un magnífico edificio en la puerta del cual se leía en caracteres dorados: "Compañía Banca-ria Gotham", llamó poderosamente su atención.

—En esa casita—se dijo— podría ganarse bastante dinero. Habrá en ella altos empleados, el Director, el Gerente, el Presidente del Consejo Directivo, el Cajero... Habrá medios bastantes para ganarse algunos dólares y quién sabe si para mayores posibilidades.

Lily cruzó la calle y empujó la pesada puerta de cristales. Un conserje con librea se cuadró ante ella para saber qué es lo que deseaba aquella mujer:

—Aquí habrá alguna plaza vacante—preguntó Lily con naturalidad.

—No, todas las plazas están cubiertas; no se da trabajo a desconocidas—dijo con acritud el portero.

Lily se acordó del consejo de su amigo el filósofo: "no seas la esclava, sé la tirana" y pensó que aquel portero la trataba con demasiada severidad para poder ella considerarse el ama. Se acordó también de que había preguntado con un tono demasiado sencillo y demasiado humilde y, poniéndose una mano a la cintura, contoneó el cuerpo, hizo que la cadera se marcara de manera voluptuosa bajo la estrecha falda de su traje sastre y, mirando con intencionada malicia al portero le dijo:

—¿No podría hablar con el encargado del departamento de empleos para que me alistara en la lista de solicitantes?

El portero se fijó entonces en aquella muchacha que a propósito le provocaba, miró la sonrisa fresca y jugosa de aquella carita ingenua, de niña, vuelta hacia él con ingenua insistencia y, no pudiendo resistir el encanto que emanaba de la personita que en un principio le pareció insignificante, se inclinó ante ella y le señaló cortésmente por dónde debía dirigirse:

—Vaya usted al departamento de empleos, por el fondo a la izquierda.

Lily cruzó el amplio vestíbulo con un paso lento y cadencioso que hizo que todos los ojos se fijaran en ella y llamó discretamente en el departamento de empleos.

—¿Dan aquí empleos?—preguntó mirando al que le pareció ser el jefe principal.

—No dan muchos, que digamos, pero si quiere esperar a que llegue el jefe del departamento...—le respondió uno de los mu-

chachos, que la miró con ojos inquisidores y en seguida la sonrió con ternura.

—Esperaré si no ha de tardar...

—Ha salido a almorzar; volverá pronto... ¿Es usted de Nueva York?

—No, soy del sur y me llamo Pratts.

—He conocido muchos Pratts que eran del sur.

—He tenido que dejar aquella región porque no había medios de vida... La ciudad ofrece mejores perspectivas.

—¿De trabajo?—preguntó el muchacho que contemplaba embobido a aquella ingenua niña—. No hay mucho trabajo en la ciudad... aunque hay mejores perspectivas para una mujer bonita.

Carita de Angel hizo como si no entendiera la indirecta. Miró con sus ojos claros al chico, le pareció inteligente y bien situado en el departamento y se dijo que, para empezar, no estaba mal la oportunidad. pero disimulando sus intenciones, preguntó, siempre ingenua:

—¿Cree usted que no encontraré empleo?

—Es difícil hallar un sitio aquí.

—¿En una casa tan grande no habrá un rinconcito para mí?—volvió a preguntar Lily acercándose al muchacho y rozándole con su brazo para despertar en él deseos y esperanzas.

—¿Tiene usted experiencia?—interrogó él, que comenzaba ya a sucumbir.

—¡De sobra!—contestó Lily sin precisar la clase de experiencia que tenía.

—Entonces puede usted esperar afuera la llegada del jefe.

—¿Y por qué no puedo esperar aquí dentro? Aquí hay menos gente... ¿No lo prefiere usted?—dijo ella coqueteando ya sin pudor alguno.

Jimmy se dejó vencer por la sonrisa y por la mirada incitante de Lily y le contestó, tomándola del brazo:

—El jefe tardará en volver... Acompáñeme y hablaremos detenidamente. Y le prometo una buena plaza en el Banco.

Lily se colgó del brazo de Jimmy y siguió a aquella su primera "oportunidad".

III

Jimmy cumplió lo prometido, recomendando la chica a Brody, el jefe del departamento de archivos, pero a Brody le costaba decidirse, porque tenía una auxiliar que era muy celosa y temía poner a una secretaria demasiado bonita.

Jimmy insistió:

—Es muy inteligente, además de bonita—le dijo—. Hará una buena secretaria.

—No necesito más personal femenino en mi departamento.

—Yo se la presentaré para que usted la pruebe y la conozca—dijo Jimmy que estaba decidido a colocar a Lily a la que se lo había prometido.

Regresó con ella a los pocos momentos.

—Esta es la muchacha de que le hablé.

Brody alzó la vista, la fijó en Lily y se quedó mirándola un buen rato, emocionado por aquella belleza femenina resplandeciente, jugosa, ingenua e infantil.

—Bueno, quizá pueda emplearla—dijo sin dejar de mirarla—. Que se quede.

—Es más inteligente que las otras muchachas—dijo Jimmy para reafirmar una vez más los méritos de su protegida.

Pero ya Lily no le sonrió agradeciéndoselo ni siquiera le saludó cuando Jimmy salió del departamento de Archivos. Jimmy había dejado de ser una oportunidad para ella ahora que ya estaba colocada en un buen lugar.

Brody seguía mirándola complacido y Lily le sonreía tentadoramente.

—Siéntese y copie esos documentos—le dijo Brody; pero cuando apenas llevaba escritas unas páginas la detuvo preguntándole:

—¿Estás cansada, nena?

—No; puedo seguir trabajando.

—Entonces quédate aquí hasta las cinco... Saldremos juntos, ¿quieres?

Lily le miró con sus grandes ojos y afirmó débilmente bajando los párpados con rubor. Aquella su expresión de niña era un cebo soberbio para el orgullo de los hombres; esa es fruta fresca, pensaban, y caían incautos en las redes tendidas por aquella vampira cuya experiencia estaba en la raíz de su propia na-

turaleza, porque había nacido y crecido entre hombres que no habían tenido con ella la menor consideración.

Brody se dejó vencer por el encanto de Lily. La invitaba a cenar, salía con ella a todas horas, la llevaba a teatros y a paseos, dentro del Banco todos murmuraban, mientras Jimmy se estaba consumiendo por unos celos locos y acechaba el momento de poder vengarse de aquella pequeña burladora.

—Es una vergüenza cómo se conduce ese Brody—decían algunos.

—¡Mayor vergüenza es cómo se conduce ella!—exclamaba Jimmy que no perdonaba a su antigua amiguita.

—Los dos son unos canallas. Eso no se hace en la oficina...

—¡Y él tiene mujer y tres hijos!...

—¡Sinvergüenza!—exclamó una mecanógrafa rubia que tenía envidia de la afortunada secretaria de Brody.

Pero Brody desoía las murmuraciones y le hablaba a Lily dulces palabras y la colmaba de atenciones. Ya Lily comenzaba a encontrar demasiado largo el proceso. Brody no era ningún multimillonario y quería cambiar de departamento para irse acercando a la Gerencia, en donde estaban puestas las miradas de aquella gran ambiciosa.

—¿Vamos hoy al teatro, Lily?—le dijo una tarde tomándola y obligándola a sentarse sobre sus rodillas.

—Me gustaría ir contigo, pero no puedo—dijo Lily evasivamente.

—¿Por qué no puedes?

—Porque tengo mucho trabajo... En este departamento hay demasiado trabajo... Quisiera pasarme a otro donde tuviera más libertad. No soy fuerte para soportar durante muchos meses este trabajo de oficina...

Jimmy, aquella misma tarde la había también invitado para salir con él y Lily se había, como siempre, negado a ello, dejando a Jimmy en la más profunda desesperación.

—Despierte, joven—le dijo un compañero—, la niña ya no está en su categoría y ya no le hace caso.

—¡Pues se acordará de mí! — contestó Jimmy que veía en aquel momento al cajero Stevens que buscaba a Brody para algún asunto de la Banca.

—Se habrá marchado—le dijo alguien a Stevens.

Y entonces se adelantó Jimmy y dijo resuelto:

—No, señor, Brody no se ha marchado, está en aquella oficina en muy buena compañía.

Stevens recogió la ironía de las palabras, miró a Jimmy indagando si le decía la verdad, y se encaminó a la puerta señalada sin vacilación. Lily estaba en brazos de Brody que la besaba apasionado en los labios tratando de convencerla de que aquella noche se la concediera a él. Stevens se quedó perplejo y seriamente dijo a Lily:

—¡Esto es intolerable!... Esta casa es demasiado seria para consentir en ella a mujeres como usted. ¡Pida su cuenta en el acto!

Lily se cubrió con su diminuto pañuelo los ojos fingiendo llorar, mientras decía entre pequeños sollozos:

—¡Qué vergüenza!... Nunca me había visto en una situación igual... Yo no tengo la culpa de todo eso, señor Stevens... El era mi jefe y me perseguía ya hace tiempo... Yo he de ganarme la vida, señor... Estoy solita en el mundo y no tengo a nadie que vele por mí... No puedo dejarme perder un empleo, y los hombres son muy exigentes... ¡No es mía la culpa!

Y Lily levantaba a Stevens sus ojos húmedos de llanto, aquellos ojos cuya mirada tenía destellos celestiales y su carita expresaba dolor y vergüenza, como si fuera la carita de una chiquilla inocente sorprendida en el momento de cometer una fechoría infantil. Stevens se sintió molesto por la dureza con que había tratado a aquella pobre niña y, dulcificando la expresión, le dijo:

—Está bien... Pensaremos en este asunto... Veré si puede usted seguir en el Banco. Mañana venga a trabajar a mi departamento.

Lily ocultó tras su pañuelito su alegría: ¡había triunfado!... Ir al departamento de Stevens era dar un salto muy alto en aquella carrera emprendida. ¿Qué le importaba a ella haberse tenido que rebajar mucho para dar el salto? La fiera que se agazapa y se arrastra por el suelo para dar su ágil brinco sobre su presa, no pierde toda su nobleza por ello, sino que la sigue conservando aún después de haber desgarrado entre sus dientes a la presa que cayó bajo sus garras. Y Lily levantaba muy alto la cabeza segura de que seguía manteniendo intacto todo su orgullo de hembra...

Al siguiente día pasó, sin detenerse, ante el departamento de Hipotecas y marchó triunfal al de Contabilidad.

—¿Esta es la oficina del señor Stevens?

—Esta es, pero él no está; llegará en seguida.

Lily esperó adoptando una postura que pusiera de relieve todos sus encantos físicos y dejara al descubierto sus pantorrillas de línea perfecta, para que la impresión que recibiera el cajero fuera en seguida magnífica.

Stevens, como todos, dejóse deslumbrar por la belleza de Lily y, a los pocos días, los que con él trabajaban, ya comenzaban a murmurar como habían murmurado antes los que conocían las relaciones escandalosas de Lily y Brody.

—¡Aprisa trabaja la niña!—decían.

—Sí, pero pierde el tiempo, porque Stevens va a casarse pronto... No lo pescará.

—Claro que no!... La hija del viejo Carter, el vice-presidente del Banco, es un buen partido para Stevens; no lo perderá por una aventurera.

—Stevens es una persona excelente, de altos ideales, muy serio... No se dejará seducir por esa pequeña vampira...

Y así seguían comentándose las combinaciones que iba Lily haciendo para llegar a la meta que se había propuesto al salir de la taberna de su padre.

IV

Lily cortó sus relaciones con Brody desde el momento que entró al servicio de Stevens. Brody pasaba a ser un ente sin objeto alguno, porque había dejado de ser su "oportunidad" para Lily. Brody había quedado despedido de la banca y era ahora un hombre que no le servía para ninguno de sus fines.

—No lamento haber perdido el empleo—le decía Brody—. Lamento no poder verte a ti con frecuencia.

—He pensado terminar, Brody... Tengo remordimientos—le dijo Lily, buscando un subterfugio para huir de él—. Piensa en tu mujer y en tus hijos a los que tenías abandonados por mí... Vuelve al hogar con ellos... Yo seguiré trabajando y confío al destino el rumbo de mi suerte...

Así le despidió ella, y Lily pudo ya dedicarse por entero a apartarse de la voluntad de Stevens. Stevens era un hombre serio y de corazón en el que las pasiones crecían ardientemente, porque su espíritu era más fuerte que su materia. Se enamoró locamente de Lily y llegó a olvidar que estaba prometido a Ana, la simpática

hija del vice-presidente, a la que había amado hasta entonces y que, siendo una linda muchachita, le ofrecía, además, la ventaja del porvenir... ¿No llegaría con el tiempo, a ser el sucesor de su futuro suegro? Pero ante el amor, el amor arrollador y dominante de una pasión funesta, la razón se ofusca, la humareda de la pasión ciega la claridad del cerebro y el fuego consume todos los sentimientos justos y todos los ideales que se apartan del voraz incendio de una pasión desbordada.

Stevens ya no podía vivir sin Lily. Se veían fuera de la oficina, al principio, para guardar las formas; pero ya ahora no podía resistir a la tentación constante que aquella mujer ejercía siempre sobre él. Lily no estaba enamorada... "El amor—le había dicho su amigo el filósofo—el amor se guarda para las mujeres a las que la naturaleza no favoreció, para aquellas a las que esclaviza atadas al yugo del matrimonio, siendo las esclavas de un solo señor" Y Lily no se enamoraba; iba derecha a sus fines: cuando fuera rica y poderosa entonces se vengaría de todas las bajezas a las que ahora se tenía que someter para llegar a su meta.

Stevens era cauto, temía el escándalo; temía a su suegro y temía, sobre todo, herir el corazón ingenuo de Ana que le amaba con el amor tierno y dulce de las mujeres para las que la materia no es nada y el espíritu lo es todo. Pero Lily le hacía perder la cabeza y, cuando se acercaba a él contoneándose, mirándole con su mirada que atraía con su fuego y sonriéndole con aquella sonrisa enloquecedora, Stevens no era dueño de sus actos...

Ana corrió un día a la oficina de su novio para darle una sorpresa. Había esperado en la calle un buen rato la salida de los empleados de la Banca, habían ya casi todos desfilado ante ella y, viendo que Stevens no salía, se decidió a entrar ella y sorprenderle...

Un grito, un insulto, un sollozo desgarrado fué lo que salió de la garganta de Ana cuando abrió la puerta del Departamento de Contabilidad y encontró a Stevens en brazos de Lily.

—¡Ana!—exclamó Stevens contrariado.

Pero ya Ana había desaparecido, corriendo al despacho de su padre, sobre cuyo pecho ocultó su rostro descompuesto por la pena y le decía sin detener el flujo de sus lágrimas amargas:

—¡Papá, papá! ¡Despídele, no quiero verle más! ¡Es un malvado, un canalla!... ¡No quiero verle; no quiero verle!

Carter se hizo explicar lo ocurrido. Como hombre y como hombre viejo tenía experiencia de la vida y sabía que una mujer



—Sólo la materia tiene importancia en esta vida; anula tu espíritu...



—¡Váyase si no quiere que le mate!



—Está bien... pensaremos en este asunto.



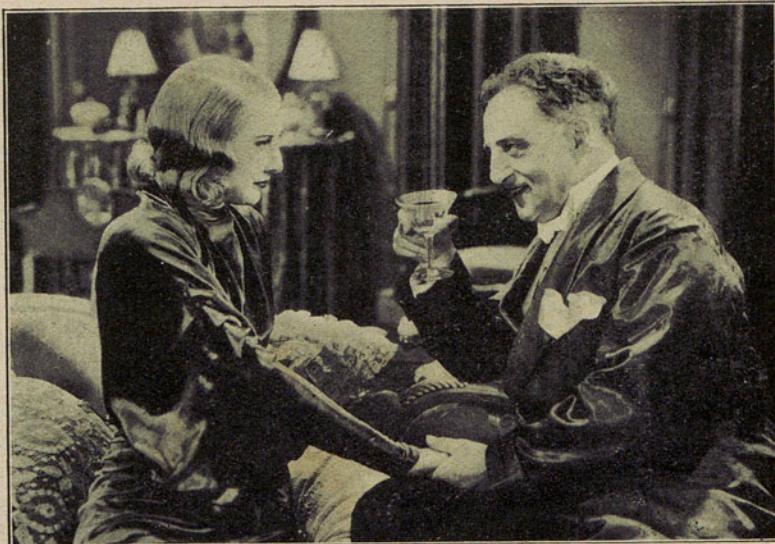
—Entonces... quiéreme mucho, mucho, mucho...



—Si me despides demuestras que no he sido para ti más que un bello pasatiempo del que te has cansado.



—No puedo romper con ella. Es una pasión más fuerte que yo mismo.



— Beberé un poquito del tuyo, en tu misma copa.



Volvió contra si el arma y cayó al suelo desplomado.

bonita y despreocupada es capaz de enloquecer al mejor templado en lides amorosas... Por esto fué indulgente con el desliz de su futuro yerno y trató de consolar a Ana explicándole que esas escapatorias del varón no han de significar nada en la vida de la esposa... La esposa es la que conserva siempre el cariño... Esas mujeres sólo se llevan una parte mínima de afecto... Pero las teorías de Carter no convencían a Ana que no podía comprender cómo, amándola a ella, podía Stevens hallar dulzura en brazos de otra mujer.

Carter prometió a su hija hablar con Stevens y convencerle de que había de abandonar aquellos amores prohibidos si quería casarse con Ana.

Stevens escuchó las reflexiones acertadas del vice-presidente que le mostraba mucho cariño y mucha, muy profunda comprensión de aquel desliz perdonable en un hombre joven, y salió del despacho de Carter resuelto a tomar una determinación que pusiera término a aquel estado de cosas insostenible.

— Lily, no tengo más remedio que despedirte —dijo a su amante—. Pero me alegra, porque también yo quería que dejaras de trabajar. Eres demasiado delicada, demasiado fina, demasiado distinguida, para que te consumas tecleando en la ingrata máquina de escribir. Tú comprendes que no tengo otra alternativa... Después de todo es mejor así.

— Pero yo no quiero marcharme... Yo no quiero dejar de verte durante todas las horas del día —replicó Lily mimosa—. Quiero estar siempre cerca de ti.

— Lo siento, pero no puedo hacer otra cosa. Si no te vas por mí, Carter te arrojará a la calle y esto sería mucho más doloroso. Aquí no puedes quedarte.

Lily se levantó ofendida.

— Está bien —dijo dignamente—, pero si me marcho no volverás a verme nunca.

— ¿Qué dices?

— Si me despides hemos concluído... ¡Y no creas que es por el empleo, no, a mí no me importa el dinero! Es que si me despides demuestras que nada te importo, que no me quieras, que no represento para ti más que un bello pasatiempo del que te has cansado...

Lily conocía cómo debía hablar a cada hombre y a éste le hablaba tocando la cuerda sentimental, fingiéndose dolida en su amor, en un amor que nunca había sentido y que no quería nunca

sentir, pues desde los catorce años tenía el convencimiento de que no había en el mundo un hombre que fuera digno del amor de una mujer.

Stevens comenzaba a flaquear. Lily lo presentía y apretaba cada vez más el círculo. Le besaba tiernamente en la frente y en las mejillas, le hablaba con dulzura infinita, le decía esas naderías tan suaves a los oídos enamorados y Stevens cedía... cedía...

Al salir de aquella entrevista con Lily se encaminó a hablar con Carter:

—Me es imposible despedirla, mister Carter—le dijo afrontando la situación con valor.

—Pero tú no puedes romper con Ana.

—Es una pasión más fuerte que yo mismo—replicó evadiendo contestar categóricamente—. Es inútil cuanto haga... Se que perderé mi puesto... Sé que Ana romperá el compromiso y dejará de quererme y tendrá un enorme disgusto, una decepción dolorosa, porque es la primera que recibirá en su vida hasta ahora florida... ¡Pero no puedo, no puedo vencerme!

—Ten calma, hombre, ten calma. Ninguna pasión varonil ha hecho que el cielo cayera ni se hundiera la tierra... Ahora estás obcecado; pero tú y yo nos entendemos muy bien... Yo también he tenido treinta años y sé lo que son las mujeres y sé que tienen un atractivo irresistible. Ten calma. Déjame arreglar a mí este asunto. Tú necesitas descansar. Vete a una playa y deja pasar tiempo. El tiempo es el gran solucionador de conflictos... Si cuando se nos presenta un problema nos cruzáramos de brazos y dejáramos pasar tiempo, el problema se resolvería por sí solo. Lo malo es que nos empeñamos en resolverlo por nosotros mismos y chocamos con escollos infranqueables... Vete, piensa con calma y deja este asunto para mí. ¿Conformes?

Cuando Stevens hubo salido Carter mandó llamar a Lily.

—Señorita, usted necesita marcharse inmediatamente de la Banca. No puede usted estar más aquí después de lo que ha pasado.

—No comprendo lo que usted quiere decir... No se a qué se refiere...

—Ahorraremos palabras, señorita... Se trata de un asunto grave: el señor Stevens va a casarse con mi hija...

—¿A casarse?—preguntó Lily fingiendo asombro y poniendo como un sollozo entrecortado en su voz.

—¿Usted no lo sabía?

—¡Cómo iba yo a sospechar!...—exclamó vagamente Lily hundiéndo su mirada en la lejanía como si viera por ella pasar todo un mundo de ilusiones desvanecidas.

—No puede ser verdad—dijo Carter que no quería dejarse vencer por el encanto que se desprendía de aquella carita encantadora, llena de candor, iluminada ahora por una tristeza ingenua que la nublaba.

—¿Cómo iba a saberlo... si él me juró que era yo la única mujer a la que él amaba? ¡Es horrible! ¡Su hija estará desconsolada! ¡Los hombres son unos traidores! ¡Yo le amo, mister Carter, le amo! ¡Es el único hombre que ha pasado por mi vida!... ¿Qué será de mí si me quitan su amor?

—¿Tanto le ama usted?—preguntó Carter, emocionado por aquella tristeza sincera, por aquel desbordamiento de sinceridad, por aquellas lágrimas que enturbiaban los claros ojos serenos de la empleada.

—¡Más que a nada en el mundo!—contestó Lily fijando sus pupilas azules en el cielo como si quisiera que él fuera su testigo.

—¿Fue su primer novio?

—Sí, señor... es mi primer novio...

—¿Pero usted no comprende que no puede seguir en el Banco? ¿No tiene usted familia?

—Estoy sola en el mundo y vivo de mi trabajo... No tengo familia, ni amigos, ni dinero... Míster Carter, usted no puede abandonarme...

Había dolor y ternura en la voz; había lágrimas en los ojos y un rictus de amargura en aquella boca jugosa y sensual, provocativa y sabrosa... Carter se sintió rejuvenecer. le pareció volver a sus veinte años... ¡Qué mujercita tan linda... tan buena... y qué sola estaba!... No podía abandonar a aquel capullito expuesto a todas las contaminaciones de la gran ciudad.

—Bueno, meditaré su caso—le dijo tendiéndole la mano y reteniendo la que Lily le ofreció, que estaba tibia y un poco temblorosa—. Dígame dónde vive... Yo haré por usted lo que pueda.

—Mi teléfono es Schuyler 32215... Esperaré sus órdenes—respondió Lily sonriendo ya con alegría, con una sonrisa llena de promesas. Y salió de la habitación, volviendo la cabeza rubia, esplendorosa de hermosura y despidiéndose de Carter con un casi familiar: ¡Buenos días!

V

Lily no pudo quejarse de la protección de Carter. Ya no trabajaba ella en el Banco. Ya se había convertido en una gran dama. Los modistas le mandaban los modelos mejores de París y las pieles más ricas eran las que ella lucía con aquella elegancia que le era innata y que la hacía aparecer como una fina aristócrata, procediendo de los fondos más bajos del pueblo...

Vivía ahora en una magnífica quinta. Tenía criados y automóvil. Era respetada como si fuera una duquesa. No quedaba vestigio de su vida pasada, como no fuera el rostro negro, dócil, humilde, de Chico que seguía sirviendo a su ama en la prosperidad como la había servido en la época de miseria y de privaciones. Chico era la compañera inseparable y constante de Lily que la quería bien, que era, en realidad, al único ser al que tenía afecto y consideración en el mundo, en aquel mundo que con tanta crueldad la había tratado y del que se vengaba a placer ahora que tenía el poderío del dinero.

Carter la visitaba con frecuencia y ella le trataba como a un niño, porque sabía que a los hombres que han cruzado el umbral de la madurez les gusta que se les dé un trato casi infantil. Algunas veces Carter iba a comer con ella y ella le hacía preparar los guisos favoritos del viejo y se peinaba ella con un peinado juvenil y se vestía con vestidos sencillos de muselina para tener la apariencia de una niña y para que su carita de ángel resaltara mejor entre la indumentaria cándida e ingenua.

—¿Le ha gustado a mi niño la comida? —Vas a beber un poco?

—No, ya sabes que yo nunca bebo. Tomaré un poquito del tuyu, en tu misma copa... Dicen que así se averiguan los pensamientos de la persona amada.

—¿Es que no los sabes?... —No sabes que siempre, siempre mi pensamiento está completamente ocupado por ti?...

—De veras?

—De veras!... Lástima que tengamos que estar tantas horas separados... —Si vieras, algunas veces me siento tan sola en esta casona!...

—Tienes miedo?

—Miedo no... Sólo que estoy demasiado sola.

—¿Por qué tienes a esa negra siempre contigo? —le preguntó Carter al que la presencia de aquella criada silenciosa que siempre espiaba a su ama con sus ojos brillantes que se movían redondos y terribles dentro de las órbitas, turbaba un poco.

—Chico me es fiel... Acaso es la única persona que me quiere en el mundo... después de ti.

—Pero parece que te espía.

—¡Oh, no! Chico me mira para adivinar mis pensamientos; está muy compenetrada conmigo; es incapaz de espiarme para traicionarme... Chico me conoce desde que nací y fuí durante mucho tiempo su único amparo...

—Bueno, nena, si a ti te acompaña yo no tengo nada que objetar. Dime, ¿no te gustaría colocar en ese rincón del salón un piano de cola?

—No —replicó rápida y secamente Lily recordando el piano que sonaba siempre en la taberna de su padre—. Detesto los pianos.

Carter la miró con asombro y le preguntó:

—¿Te trae malos recuerdos?

—¡No, tonto!... lo dije en broma! —exclamó Lily que quería borrar el efecto de su brusquedad—. Si mi nene quiere regalarme algo... regálame acciones del Banco.

—Mi vida, eres angelical! Pídemelo lo que quieras y pídemelo cosas más difíciles... Las acciones del Banco están al alcance de mi mano; mañana te mandaré todas las que quieras; pero pídemelo algo que me sea más costoso para mostrarte que mi amor es paz de todo.

—Entonces, quíreme mucho, mucho... —y le abrazó y le besó frenéticamente para agradecerle la oferta maravillosa de todas aquellas acciones bancarias que a ella tanto la seducían.

Así pasaron los días y llegaron los de Pascua. Lily dió libertad a Chico para que pasara la noche fuera de casa y fuera a divertirse por las ferias.

—No me gusta dejar sola a la señorita de noche... Si le ocurriera algo...

—¿Qué quieras que me ocurra? Seguramente vendrá Carter a cenar conmigo. Vete tranquila y que te diviertas.

—AQUÍ TIENE USTED LOS LIBROS QUE LE MANDÓ EL SEÑOR CRAGG.

—¿Ves qué bien? Yo me quedo leyendo tranquila... Que te diviertas, Chico.

Lily abrió el libro y se puso a leerlo. Tenía un título extraño:

PENSAMIENTOS ESTRAFALARIOS. Verdaderamente eran una serie de frases sin hilación y apenas sin sentido... para todo aquel que no tuviera ya el alma empapada en sus teorías, como la tenía Lily. "Hay que afrontar la vida como nos salga al paso—decía—sin temor, impávidamente. No desperdicie energías ambicionando la luna. Acalle todo sentimentalismo. Recuerde que el sentimentalismo está opuesto a la razón y al raciocinio. Como el éxito es la meta hacia la cual..."

—¡Felices Pascuas!—le interrumpió una voz bien conocida.

Lily alzó la frente, frunció un poco el ceño, clavó en el recién llegado sus ojos azules, intensos, inquisidores e ingenuos y no contestó al saludo. Era Stevens.

—¡Cuánto me ha costado encontrarte!... Fuí a tu casa, a la en que vivías antes y me dijeron que hacía ya tiempo que te habías mudado... y que no sabían tu dirección. ¡Por fin te encontré!—le dijo Stevens que la miraba con la mirada enardecida por el deseo y por la larga ausencia.

—Creo que te equivocas—le replicó Lily seria y altanera—. ¿No te marchaste de la ciudad?

—¿Qué otra cosa podía hacer?... Temí al...

—¿Escándalo?... Pues no vamos a dar otro ahora. Yo te agradeceré que te marches tan pronto como puedas... Aquí no tienes nada que hacer.

—No seas así, Lily. El no verte ha sido mi mayor tormento. Ha sido una tortura que no puedo explicar ni he podido resistir. Por esto estoy aquí. Dime, ¿qué haces? ¿Cómo has logrado todo este lujo? ¿Por qué ya no trabajas?

—¿Qué te importa a ti de mi vida?—contestó Lily con despecho—. Lo que yo hago no puede, no debe interesarte. Yo sólo fuí un juguete para ti. No te quejes... Tú hiciste lo que querías; déjame a mí que haga lo que me plazca.

—¿Entonces quieres decir que no volveré a verte?

—Me gusta tu intuición. ¿Cómo lo has adivinado?—le dijo Lily acompañándole hasta la puerta.

Stevens salió sin ver a Carter que acababa de llegar y que se había introducido por otra puerta. Vió, cuando tomó su sombrero, que otro sombrero masculino y un bastón estaban en el perchero y aquello le hizo entrar en sospechas... ¿Qué hombre era el que pagaba el lujo de aquella mujer? El tenía la culpa de todo, porque no había tenido valor de afrontar la situación desde el primer momento y había obligado a Lily, con su deserción y su

conducta, a que tomara un protector... Pero ¿quién era él? Stevens quiso saber, volvió sobre sus pasos y, sin previo aviso, precipitadamente, entró en la habitación de la que acababa de salir y en la que encontró a Lily abrazando a Carter con infinita ternura.

Stevens sintió que una oleada de ira le cegaba, que todos los celos reprimidos durante tanto tiempo se desbordaban y, sin darse cuenta de lo que hacía, sacó un revólver de su bolsillo y disparó.

Carter cayó desplomado al suelo, sin vida. Stevens se precipitó a Lily y tomándola por un brazo le dijo:

—¡Vámonos! Quiero casarme contigo. Huyamos y seremos felices...

—¿Quieres casarte conmigo?

—Sí! No puedo vivir sin ti...

—Ni yo podría vivir con un criminal!—gritó Lily con espanto.

—Te quiero... te quiero! ¡Marchemos juntos!

—¡Calla, vete!... ¡He dicho que te vayas!

—No me marcharé hasta que me des tu palabra de casamiento—dijo Stevens que tenía las pupilas agrandadas por el espanto y hablaba como un poseído—. Si no te casas conmigo me mato.

—¡Vete!—volvió a gritar Lily.

—¡Te juro que me mato!—insistió Stevens.

—¡Te he dicho que te vayas, que me dejes!—ordenó Lily.

Pero antes de que hubiera tenido tiempo de empujar a Stevens hasta la puerta, éste volvió contra sí mismo el arma, se la acercó a la sien, disparó y cayó junto al cadáver de Carter, con el cráneo destrozado por la bala.

Los periódicos se hicieron resonante eco de aquel doble crimen que constituía uno de los escándalos más formidables de la ciudad.

Las editoriales comenzaban con títulos sensacionales:

**LOS CELOS CAUSAN DOS MUERTES
UN BANQUERO ASESINA A OTRO Y SE SUICIDA
ASESINATO DE UN CONOCIDO BANQUERO**

Y tras el título sugeridor para aquellas conciencias ávidas de escándalo seguían todos los datos espeluznantes del detalle de aquel doble crimen que había costado la vida a dos personalidades del mundo de las finanzas.

El escándalo fué tomando cuerpo y comenzó a repercutir dentro de la Banca. La clientela perdía confianza en una casa que se

creía sería y de la que, de pronto se sabía enredada en quién sabe qué líos repugnantes. Se nombraban gentes, se comentaba acreciendo cada vez más la noticia y en el Banco los fondos iban reduciéndose porque la clientela acudía a retirar sus fondos de un lugar en el que tan poca garantía se ofrecía a sus intereses puesto que los principales directores se enfascaban en asuntos de faldas de los que nunca podía salirse impune.

El Consejo Directivo Bancario tuvo una reunión extraordinaria para tratar de detener la bancarrota que se les venía encima si no lograba darse con el medio de devolver la confianza al público.

El nuevo director presidía la mesa. Era un muchacho joven, serio, silencioso. No todos los del Consejo estaban conformes con su elección. El se había limitado a decir breves palabras y a firmar su acta de compromiso, asegurando que todos los millones que poseía los pondría al servicio de la Corporación a fin de poder sostener aquel golpe terrible que amenazaba con destruirles. Luego se alejó para que pudieran los consejeros discutir tranquilamente acerca del asunto.

—Nunca se ha visto este Banco complicado en un escándalo semejante del que los periódicos se hacen eco... Y por si no fuera poco el daño que nos causan, no se les ocurre otra cosa más que poner al frente del Banco a un muchacho sin experiencia bancaria... ¿Cómo pueden esperar a que un trotamundos salve al banco?

—¿Olvida usted que su abuelo fué el fundador de este Banco y que el nieto tiene muchos millones para salvarle?

—Sí, pero sólo piensa en viajar y no está dos semanas seguidas en un mismo sitio. ¿Qué podemos esperar de él?

—El prestigio de los Trenholm es ya una garantía. Debemos acatar lo que ese muchacho disponga y apoyar sus decisiones. Su abuelo estaría orgulloso si pudiera verle.

—Contra la aquiescencia de todos, los pocos que no estamos conformes hemos de bajar la cabeza. ¡Que Trenholm sea nuestro director!

Trenholm, el muchacho que había ya firmado el acta de compromiso, entró en el salón de sesiones y dirigió a los consejeros breves palabras.

—Señores—les dijo—, aprecio mucho el honor que ustedes me confieren. Algunos de vosotros me juzgaréis incapacitado para este alto cargo a causa de mi juventud; pero con vuestro conse-

jo no puedo fracasar. En vosotros confío para que me guieis en este camino para mí desconocido.

Estas palabras produjeron muy buen efecto en los reunidos.

—El primer asunto a tratar es el de Lily Powers. Un periódico quiere publicar su historia y dar todavía mayor escándalo y causarnos a nosotros nuevos daños.

—Hay que evitar esto. Es preciso que esa mujer se presente aquí.

—Está ya citada y no puede tardar.

Efectivamente, en aquel momento llegaba Lily Powers, Carita de Angel, más bella, más incitadora, más provocativa que de costumbre, mostrando toda la opulencia de su cuerpo diseñado bajo el vestido ceñido y toda la maldad de su alma en el brillo cegador de sus ojos candidos.

—Señorita, hemos sabido que un periódico le ofreció comprobar su historia—le dijo Trenholm, sin mirarla y sin dar importancia a aquella figura de mujer que se destacaba alta y esbelta sobre el fondo oscuro de la sala—. ¿Está esa historia relacionada con ese desagradable incidente ocurrido en su casa?

Lily no respondió por el momento tratando de hacerse mirar y admirar por Trenholm, que no levantó la vista y no la dirigió a ella ni una sola vez y el que, después de un tiempo de espera, volvió a preguntar:

—¿Qué historia es esa?

—Es mi diario íntimo...

—¡Ah! ¿Llevaba usted su diario?

—Sí, de todas mis experiencias en el banco... y tengo curiosos apuntes reunidos. La historia puede ser sensacional.

—¿Quiere usted publicarlo?

—No tengo más remedio... Todo el mundo me cree culpable y no lo soy. Nadie conoce la verdad. Yo no tengo familia ni amigos que me defiendan. Todo está contra mí... Me ganaba la vida honradamente trabajando en el Banco. yo necesitaba trabajar para vivir... Entonces vinó Nené...

—¿Quién es Nené?

—Yo llamaba Nené a Carter... Fui víctima de las circunstancias. Ahora es la deshonra y la vergüenza públicas... No podré resistir esta prueba. Quiero marchar muy lejos para huir de todo, pero necesito dinero... y el diario me ofrece una buena cantidad...

Yo necesito ganarme la vida—Lily hablaba con un candor, con una inocencia que, cualquiera que no la hubiera conocido hu-

biera pensado que era en realidad una pobre niña indefensa y sin ninguna experiencia.

—Señores—dijo Trenholm—, es preciso dar a esa mujer diez mil dólares por su historia.

—Perdonen, son quince mil—replicó pronta Lily.

—¿No eran diez mil los que le ofrecía el periódico?

—Sí; pero no creo que debo venderla por menos de quince mil. ¿Estamos de acuerdo?

—De acuerdo—replicó Trenholm.

VI

Trenholm leyó el diario que llevaba Lily de todas sus experiencias y se sintió interesado por aquella mujer que observaba de manera tan justa y tan precisa todas las circunstancias, bastándole breves palabras para exponer su idea. Volvió a llamar a Lily y le dijo, aún sin mirarla y como si quisiera huir de aquel influjo que decían parecía poseer sobre los hombres:

—Su historia me ha conmovido mucho... Comprendo que las circunstancias conspiraron contra usted y la compadezco sinceramente... El hablarle de dinero ha de ser para usted sumamente repugnante... ¿Le repugnaba aceptar dinero del periódico?

—Me repugnaba vender lo que era mi secreto.

—¿Le repugnaría aceptar dinero del Banco? ¿Sería un insulto que el Banco se lo ofreciera?... Usted ha dicho que tenía que trabajar mucho para poder vivir... Cuando sucedió... eso, ¿trabajaba usted mucho?

—Sí... pero no en el Banco—replicó Lily mirando frente a frente a Trenholm que seguía desviando su vista de la de aquella mujer.

—Nos dijo, además, que quiere ganarse la vida honradamente, irse donde nadie la conozca para recomenzar una vida nueva, ¿no es verdad?

—Es verdad.

—Entonces le pagamos pasaje para Europa y le ofrecemos una buena plaza en nuestra sucursal de París. Si quiere cambiar su nombre le guardaremos el secreto. Desde ahora queda olvidada toda esa triste historia si usted acepta. París es encantador en la primavera y es la ciudad ideal para una mujer. ¿Aceptado?

—Aceptado.

* * *

Lily, bajo el nombre de la señorita Allen, se instaló en París, acompañada siempre de su buen Chico, que la había seguido a Europa, como la seguiría hasta el fin del mundo. París le gustaba y le gustaba el trabajo en el banco, en el que la habían confiado la dirección del Departamento de Viajeros, en el que había mucho movimiento y en el que Lily esperaba pacientemente—ahora que ya no tenía tanta prisa como cuando no sabía si comería a diario—“su oportunidad”. Sus compañeros la galanteaban y la cercaban con estrecho círculo, pero ninguno merecía sus preferencias, porque ninguno podía ofrecer a Miss Allen lo que ella buscaba. Había hecho servir al portero para penetrar en el banco; al oficial del departamento de empleados para llegar a ser secretaria; a Brody para que le confiara el departamento de Caja; a Stevens para que la uniera al vicepresidente... ahora tenía que llegar directamente al presidente o no merecía la pena comenzar ninguna aventura; tenía bastante dinero para poder esperar.

Lily sabía que el director hacía su visita anual a las sucursales europeas, y ella esperaba la llegada de Trenholm, que en Nueva York no se había dignado fijarse en ella.

En el banco comenzaba a hablarse de la llegada del director.

—Trenholm va a llegar—decían—, será cuestión de trabajar mucho para que no nos despidan.

—No comprendo ese alboroto por el señor Trenholm. Si fuera un fantasma...

—Puede llegar y despedir a mucho personal.

—¿Por qué lo iba a despedir?

—Es usted muy confiada, miss Allen... ¿Cuándo querrá venir a cenar conmigo?

—Todavía no tengo apetito...—Lily no aceptaba nunca invitaciones.

—Es muy misteriosa esta muchacha—decían sus compañeros.

—Siempre va sola.

Y Lily seguía esperando la llegada del célebre Trenholm, que a todos daba miedo menos a ella.

* * *

Cuando Trenholm visitó los distintos departamentos del Banco, quedó sorprendido al ver a Lily:

—No esperaba encontrarla todavía aquí, señorita... ¿No ha encontrado usted ninguna oportunidad?

—Me gusta el trabajo—contestó secamente Lily.

—La señorita Allen está a cargo del departamento de viajeros—explicó el gerente—, y lo ha hecho aumentar en un 40 por ciento... Es muy trabajadora.

Trenholm no añadió palabra y siguió su visita de inspección.

A la hora de salida del personal caía del cielo uno de esos aguaceros que caen en París durante la primavera, un aguacero que todo lo invadía y todo lo arrasaba. Lily dejó escondido en un cajón de la mesa el pequeño paraguas, que no hubiera servido más que para taparle el rostro en aquel torrente de lluvia, y se detuvo a la puerta del Banco, en espera... ¿de qué? ¿De que la lluvia cediera?... ¡Quién sabe!

Sus compañeros, uno a uno, le ofrecían llevarla hasta su casa bajo su paraguas, pero ella rechazaba la invitación y miraba de soslayo al magnífico Rolls Royce que estaba esperando la salida del director.

No tardó éste en presentarse:

—¿No tiene paraguas, señorita?

—No, señor, y aquí los taxis, en un día de lluvia como el de hoy, no pueden cogerse, porque desaparecen... Parece que la gente se los coma.

—Si usted me permite, me veré muy honrado en acompañarla a su casa en mi coche.

—¡Oh, no, gracias, sería molestarle!... Pero si se empeña... ¡se lo agradeceré tanto!

El chofer abrió la portezuela y Trenholm ayudó a subir al coche a Lily, que le agradeció la finura con una de sus irresistibles sonrisas.

—No pensaba encontrarla todavía trabajando... Francamente, me sorprende.

—Para sorprenderle continué en mi puesto.

—Creí que trabajar sería muy insípido para usted.

—Cómo se ve que no me conoce—suspiró Lily apoyándose

en el respaldo mullido del asiento y dejando desmayar sobre él su cabecita dorada.

—Sin embargo, usted habría podido divertirse mucho en París y encontrar algo que...

—No me interesaba.

—Eso era lo que yo suponía.

—¿No le sonroja confesar su equivocación?... Ya comprendo que como nuestro primer encuentro fué tan... ¿cómo diré?... tan desagradable... Pero ahora ha rectificado su opinión, ¿verdad? Ya hemos llegado.

—¿Aquí vive?

—Sí.

—Sería curioso ver su apartamento... Me interesaría mucho—dijo Trenholm, que ya no deseaba apartarse de la muchacha.

—No quiero que se desilusione usted—replicó ella, que sabía dar esperanzas y en seguida retenerse, dejando al esperanzado con la angustia de saber si lograría o no lo soñado.

—¿No quiere que suba?

—Gracias. Mi casa no es digna de usted. Muy agradecida por su compañía.

* * *

Al día siguiente, al llegar al Banco, Lily se encontró con un sobre rosado, procedente de la Dirección, con su nombre. El empleado que se lo entregó, le dijo:

—Ya empiezan a rebajar al personal, señorita; malas noticias para usted... No creía que la despedirían...

Lily tomó el sobre con cierto recelo. ¿Sería verdad que la iban a despedir? ¿Y por qué? Abrió el sobre, desdobló el papel y leyó con alegría, ya que no con sorpresa:

“Señorita Allen: Mi automóvil irá a buscarla a usted a las ocho de la noche. Comeremos juntos y bailaremos. Trenholm.”

Lily dió un suspiro satisfecha. Era lo que ella esperaba y no la mala noticia que le había anunciado el empleado.

Lily siguió con Trenholm muy distinta política de la empleada con los demás hombres. Trenholm la llevó a cenar a un hotel elegante y a la moda. Más tarde la llevó a casa de una tía suya, mujer de alta sociedad, que reunía en sus salones a lo más distinguido de París. Lily lució en ellos como una flor maravillosa, como lo que era, una mujer de espléndida hermosura y cuerpo

de diosa, una mujer capaz de enloquecer a toda la humanidad, si ella se lo hubiera propuesto.

En un momento de descanso que Trenholm le dedicaba, colmándola de atenciones y de halagos, Lily, con aire distraído, un poco fatigado, le dijo:

—¡Es un éxito social! ¡Duques, damas de la mejor sociedad, todo lo granado de París y de Europa!

—Sí—replicó Trenholm, que hablaba siempre con seriedad, reposo y ecuanimidad—. pero, querida... todos tienen el corazón de platino. Sólo piensan en el dinero y ninguno de ellos es capaz de tener un sentimiento noble y elevado.

—Es usted un hombre sumamente formal, mister Trenholm.

—Entonces, ¿tiene usted confianza en mí y vendrá a Deauville?

—Hay allí demasiada gente.

—¿Y a Biarritz?

—Hay muy poca...

—Entonces, ¿qué le agradaría a usted? ¿Quiere pasear por toda Francia en mi automóvil, viendo la maravilla de los castillos franceses?

—No, gracias; soy muy difícil de complacer... Y es que estoy desilusionada.

—¿Desilusionada? ¿De qué?

—De usted. Pensaba que usted no sería como los demás. Le veía tan serio, tan atento, tan distinguido, tan comprensivo para todo... Pero no: usted ofrece, como todos, cosas bellas, para lograr... quién sabe qué cosas...

Trenholm se quedó en silencio un momento y luego dijo:

—Yo también estoy desilusionado, porque usted me desconcierta.

Así continuaban las conversaciones, siempre por el terreno por el que Lily quería llevarlas, hasta que logró que aquel hombre le hiciera una formal proposición de matrimonio. Le había propuesto todo lo imaginable y Lily siempre se negaba a aceptar.

—Sólo una cosa aceptaría... y ésa no me la ofreces nunca—le dijo.

—Dímela y la tendrás—contestó él, ansioso de poder complacer a aquella mujer a la que adoraba.

—Poder poner “señora” sobre mi tumba, el día que me muera. Trenholm quedóse desconcertado.

—No he pensado nunca seriamente en casarme—le dijo—, pero por ti soy capaz de todo. Serás mi mujer.

* * *

El casamiento de Trenholm con Lily provocó un formidable escándalo en los Estados Unidos, en donde el “caso Carter” no se había olvidado todavía. La Banca comenzó a tambalearse sobre sus propios cimientos ante aquel nuevo y formidable escándalo, que no se podía perdonar. Tuvieron que salir rápidamente para Nueva York, para intentar detener aquella mala racha que amenazaba arruinarles. Trenholm había entregado miles de miles de dólares a Lily, que iba almacenando incansable en sus arcas todo el caudal que la hacía multimillonaria. En Nueva York encontraronse con que el negocio estaba próximo a naufragar. Trenholm no podía, como la otra vez, dar su fortuna para apoyar al Banco y respaldarlo, evitándole el fracaso, porque ahora su fortuna estaba en manos de Lily; pero Trenholm estaba convencido de que su mujer le amaba y de que le ayudaría en la hora de la prueba.

—Tendrás que ayudarme, querida—le dijo acariciándola para dulcificar la noticia—. Los tiempos se han puesto malos, el Banco ha suspendido pagos y me voy a ver en el trance de que me procesen si no me prestas tu ayuda. Es sólo temporalmente... Necesito todo lo que te he dado... Todo...

Lily se irguió altanera y no respondió.

—¿No los tienes aquí?—preguntó Trenholm sintiendo frío en las venas al ver la actitud de su mujer.

—Yo no puedo hacer eso—respondió ella, enseñando valiente su doble juego—. Tengo que pensar en mí. He sufrido mucho para amasar este capital que ahora tengo. He pasado angustias y humillaciones y he tenido que correr de mano en mano, como una cualquiera... No puedo hacer lo que me pides. Mi vida ha sido muy dura y llena de amarguras, y ahora tú, un hombre como los demás, me pides que sea generosa y buena contigo. No lo esperes. Sin esa fortuna, tendría que ser lo que había sido antes, y yo quiero seguir siendo una gran señora, como ahora. Nada obtendrás de mí. Cerraré de nuevo los baúles y partiré ahora mismo para Europa otra vez...

Trenholm se quedó anonadado, atónito.

—No entiendo nada de lo que me dices, pero gracias por todo

—dijo sin dureza, aunque muy tristemente—. Sé que fuiste de muchos antes de ser mía, pero a mí no me importaba... Te amo con toda mi alma y sé que algún día tú también me amarás... No es posible que todo haya muerto en ti; no es posible que tú, que eres tan mujer, carezcas de esa dulce sensibilidad que es el mayor encanto femenino... Algun día volverás a mí y me amarás...

Lily salió llevando todo su equipaje, sin tener ni una palabra de aliento, ni una mirada de consuelo para aquel hombre. Salió, llegó hasta el muelle, pero algo dentro de ella despertaba con esa furia arrolladora que todo lo invade y que es lo que nos hace hacer las acciones más viles y los rasgos más heroicos: la fuerza del amor; y volvió sobre sus pasos, y corrió a buscar de nuevo a Trenholm y a ofrecerle no sólo toda la fortuna que él le había dado, sino lo que ella había reunido lentamente en sus años de trabajo.

—¿Dónde está el señor?—preguntó al criado.

—Debe estar en su despacho...

En aquel momento se oyó un disparo. Lily corrió como una loca, cayó sobre el marido, le cubrió de besos:

—¡No me dejes, amor mío!—le decía sollozando—. Por ti haré todo lo que quieras... No me dejes ahora que podemos ser felices. ¡Si supieras cuánto te amo! ¡Te amo con locura!... Nunca había amado a ningún hombre. Tú eres el primero en mi corazón... Puedes disponer de cuanto tengo... de todo... hasta de mi vida... ¡Te amo, te amo, te amo!—Y había en sus palabras tal acento de sinceridad, tan gran desesperación en sus sollozos, que el herido aun tuvo ánimo para abrir un momento los ojos, de fijarlos en los de ella, cuajados de lágrimas y sonreírle con una sonrisa de infinita dulzura...

FIN

Gran éxito, en las selectas y únicas EDICIONES
ESPECIALES de las magníficas novelas

UN CAPITAN DE COSACOS por José Mojica; SOR ANGÉLICA
y LA VIRGEN DE LA ROCA precio popular 1 pta.

E. B.



Precio: **50** céntimos